

jos en el primero de los citados cotos y doscientos treinta y seis en el segundo. Figuraba entre los asistentes a la magna procesión del Santísimo, organizada para solemnizar el XXI Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Madrid, y bulló en la feria—durante la cual ocurrió la anécdota que referiremos, en la que hubo novedades de festejos, tales como la Fiesta de la Jota, la batalla de flores—en ella obtuvieron premios los coches de la Marquesa de Camarena, que figuraba una pajarita de papel; el de la familia Castel, que era una cesta de frutas y flores, y el de Jacinto Cabrera, que representaba un parque zoológico y un oficial partido de fútbol, que ya se iba extendiendo este juego, aunque las deportivas actividades merecían estos despectivos comentarios, publicados en una docta revista: «Suprimamos estos festejos... esos concursos de deporte, en que pretenden lucir sus físicos encanijados los señoritos inútiles de la localidad».

Y volviendo tras estas digresiones a Paco Belmonte, digamos que era amigo de un cacereño que se había trasladado a Madrid, logrando en su carrera universitaria una brillante posición social y económica. Sus familiares quedaron en Cáceres, dedicados a honrosos y no brillantes menesteres. Tenía el aludido señor un hijo joven, nacido y criado en la corte, que vino a la Feria cacereña, con varios invitados distinguidos. Belmonte, en atención a la amistad con el padre, acompañaba frecuentemente a este grupo, del que las pretensiones y la vanidad eran las más acusadas características. Una tarde, en *El Rodeo*, en la caseta de *La Concordia*, Paco aguantó en silencio las ininterrumpidas tonterías con las que el hijo del cacereño encumbrado alardeaba de riquezas, distinción y aristocracia ante sus amigos, a los cuales había mantenido a distancia de los parientes de la localidad. Cansado de la farsa, comenzó Belmonte a hacer gestos extraños y a lanzar pequeños quejidos, dando a entender con ello que tenía algún sufrimiento.

—«Qué le sucede?»—, preguntó el joven.

—«Estoy deshecho—dijo Paco—. Los zapatos me aprietan de una manera espantosa. Y no comprendo como ha podido suceder esto, porque se los he comprado a mi zapatero de siempre, a tu tío, el hermano de tu padre».

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

MADRIGALES

I

Al entornar tus pestañas,
tras las rizadas marañas
tiene tu pupila azul,
que suavemente destella,
el encanto de la estrella:
misterio y luz.

II

Al pisar en las piedras que hacían puente
sobre aquel parlanchín, claro arroyuelo,
se puso tan nerviosa, que el pañuelo
que portaba formando canastilla,
su lazo desató, y tantas flores
iban por la corriente,
que de rosas cuajó toda la orilla.

Al mirar deslizarse bulliciosas
su brazada de rosas
y no poder cogerlas,
sus ojos, con un hondo desconsuelo
iban de claras perlas
llenando su pañuelo...

Y sucedió que aquella misma noche,
quiso el amor travieso,
que en un dulce reproche
de la amada al amado,
fuera el pago de un beso
el pañuelo de lágrimas mojado.

III

Cuando mis ojos fijo en tu mirada,
no la desafíes cobarde,
que me impide mirar la llamarada
de ese fuego de amor que en ellos arde,
encantadora lumbre
que tiene el vivo y trémulo relumbre
del divino lucero de la tarde.

MANUEL MONTERREY